

NOTA BIOGRAFICA ACERCA DE D. PATRICIO M^a PAZ Y MEMBIELA

por

Marcos Jiménez de la Espada

Anales de la Sociedad Española de Historia Natural

Actas. vol. IV, pp. 22-29

Sesión del 3 de Marzo de 1875.- Presidencia del señor Abeleira

.....

El señor Jiménez de la Espada lee la nota biográfica siguiente acerca de D. Patricio María Paz y Membiela, que pasa a la Comisión de publicación para su inserción en los ANALES.

“Los amigos del que fue Excmo. Sr. D. Patricio María Paz y Membiela me han distinguido con el encargo de dar cumplimiento al acuerdo de nuestra SOCIEDAD, en su sesión de 3 de Diciembre próximo pasado, de rendir a la memoria de ese ilustre socio, uno de sus fundadores, un tributo de consideración y de cariño, consignando en los términos que estos ANALES permiten, algunas noticias de su persona y de aquellos de sus méritos y trabajos que a nuestra ciencia interesen, y por los cuales debamos en nombre de ella mostrarnos reconocidos. No he dudado un momento en que distinción semejante la debía sólo á la circunstancia de haber viajado como naturalista a las órdenes de dicho señor por tierras y mares americanos, durante los años de 1862 a 65; y como la misma concurre con otras dotes que no poseo, en mi compañero de viaje y consocio el señor D. Francisco de Paula Martínez, le rogué me sustituyese en tan triste aunque honrosa tarea; pero su excesiva modestia no ha consentido el que pudiera eximirme de abrir este catálogo de necrologías con la de nuestro jefe.

El Excmo. Sr. D. Patricio María Paz y Membiela nació en el Ferrol el 17 de Marzo de 1808 de una de esas familias donde la preza de los abuelos puede lucir en el pecho de los nietos con las nobles insignias de las órdenes militares. Noble fue también la carrera que emprendió: obtenida la gracia de guardia marina en 8 de Diciembre de 1820, al cabo de dos años de estudios, embarcóse por primera vez en la fragata *Aretusa*, y de trasbordo en trasbordo, de servicio en servicio y de grado en grado llegaba en Diciembre de 1837 al de teniente de fragata, habiendo navegado en nueve buques de la Armada por el Mediterráneo y por ambos océanos en el desempeño de delicadas comisiones y en peligrosos cruceros o estacionado en los apostaderos y arsenales de la Península, de Manila y de la Habana. Por méritos personales o privilegio de cuna obtuvo además en diferentes fechas la merced de un hábito de Calatrava, los honores de secretario de S. M., la gracia de capitán de navío honorario con uso de uniforme, la cruz de distinción de la Marina y la de gracia de la Sacra orden.

No sé cómo hay oficial de marina que no sea naturalista, o cuando menos curioso de las cosas naturales o amigo de familiarizarse con ellas. La selecta instrucción que en su colegio reciben, y los ejemplos de que abundan las gloriosas tradiciones de su cuerpo deben favorecer al eficaz estímulo producido por las grandes escenas del mar y de la tierra, despertando en su ánimo irresistible deseo de conocer de cerca el ornato de ella y los actores, que bajo aspectos tan diversos y siempre tan admirables y atractivos se les brindan en remotas y opuestas regiones, a veces inexploradas, primero a la fácil y amena observación de su índole, afinidades y costumbres, y luego al detenido estudio de sus formas, propio como ninguno para aliviar la soledad de los mares y entretener los ocios de interminables travesías.- Ya que no le muevan los inmensos beneficios que con poco trabajo puede prestar a la más provechosa de las ciencias, dando fama a su nombre, al propio tiempo, y mayor lustre a su clase.

La pasión, la locura (porque ese carácter toma a menudo entre nosotros la dedicación exclusiva y constante de nuestras facultades a determinados objetos), la fructuosa y laudable locura del señor Paz y Membiela por las conchas, el ramo de la zoología que se lleva tras sí mayor número de aficionados y entusiastas, tuvo origen sin duda en las costas que visitó por los primeros años de su carrera, y que más tarde vigilaba y recorría, cuando, abandonando la inquieta y azarosa profesión del marino por otra más sedentaria, pasaba a desempeñar la segunda comandancia del resguardo de Matanzas, en 1837, y años después, 1853, la primera de carabineros de la provincia de la Habana. Hacia los de 1839, lo que era acaso todavía mera afición favorita hubo de crecer y metodizarse merced a los consejos y el ejemplo de los cubanos D. Felipe Poey, eminente naturalista, y D. Nicolás Gutiérrez, entendido conchiliólogo, con quienes hizo conocimiento y amistad en esa época, y frecuentes excursiones por el litoral de la isla de Cuba y su inmediata de Pinos; y desde entonces y por espacio de 35 años hasta muy poco antes de su muerte, acaecida el 11 de Enero de 1874, dedicóse sin tregua a reunir la colección que hoy se guarda y se admira en nuestro Museo de Ciencias, una de las más notables de Europa; tesoro malacológico de 40.000 ejemplares, en su mayoría perfectamente conservados, que representan cerca de 12.000 entre especies y variedades; donde apenas falta alguno que otro género de los conocidos; abundan en especies los más raros, como el *Ancillaria*, que cuenta 21, el *Monoceros* 11, 3 el *Lingula* y 2 el *Monecondylaea*; son numerosísimas en otros, como el género *Voluta*, del que existen 60 especies, 100 del *Murex*, 120 del *Cypraea*, 135 del *Mitra*, cerca de 200 del *Conus*, y más de 300 del *Unio*; y donde entre los 100 y más ejemplares preciosos de sus 40.000 sobresalen las *Cypraea aurora* Sol., *exusta* Gray, y *umbilicata* Sow.; la *Maetra triangularis* Lam., la *Voluta Rossiniana* Bern., *cymbiola* Chemn., y *costata* Swains.; el *Conus zonatus* Brug., y el *characteristicus* Chemn., que por su tamaño, cuatro veces mayor que el ordinario, fue tasado en el mercado de París en 1.000 pesetas.

La historia de esta colección lo es en mucha parte de la vida del hombre distinguido y a la par modesto, que logró reunirla llevado del intento generoso de extender el estudio de sus animales predilectos, facilitando sobre ellos a las personas de ciencia el mayor número posible de datos. Porque tanta riqueza, no solamente se juntó, como decirse suele, a fuerza de dinero, del cual, sin ser muy rico, no carecía por fortuna el señor Paz y Membiela; allegóse con el trato y correspondencia continuos de acreditados naturalistas, profesores o comerciantes, como los señores Verreaux, Damon, Bernardi, Batalha y otros; con la prudente economía del que conoce el precio de los objetos que desea; con el acierto en preferir a los más valiosos por su procedencia, como los materiales que sirvieron al señor Bernardi para redactar sus monografías de los géneros *Marginella* y *Galathea*, y la colección de moluscos terrestres y fluviátiles formada por el señor Poey, la más completa que se conoce de la isla de Cuba, compradas á los mismos autores; con la actividad que suponen siete viajes desde Cuba o España a los Estados-Unidos, tres o cuatro por la América del Sur, y muchos por nuestra Península y por el resto de Europa; y más que todo eso, con las propias manos del dueño, por cierto no menos avezadas a buscar y a encontrar lo que buscaban, que a disponerlo con toda la comodidad, ingenio y gala que el estudio, conservación y lucimiento de las colecciones de objetos naturales piden. Era el señor Paz y Membiela- un colector de primer orden, experto, infatigable, paciente; dotado de una vista tan perspicaz y de un acierto tan seguro que rayaban en instinto. Nadie descubría un caracol, un insecto u otro animal cualquiera donde él no los hallaba; porque bueno es advertir que su tino y su práctica no las utilizaba solamente en la recolección de conchas; la entomología y herpetología españolas y americanas le deben más de un reptil o de un insecto raro o curioso. Y estas sobresalientes cualidades eran tanto y más de admirar en nuestro malogrado socio, cuanto que no constituían para él un oficio o medio de lucro, ni descuidaba por ellas la vida, porte y costumbres de un cumplido caballero y

hombre de mundo. Causaba verdadero asombro y al mismo tiempo complacencia- y en esto puedo hablar como testigo verle durante el día a los rayos del sol de las Américas, o sufriendo las recias turbonadas de aquel cielo, escudriñar enmarañados matorrales, registrar extensas playas o peladas rocas, o trepar a los picos escarpados, y por la noche haciéndose notar en las tertulias y otras reuniones sociales, por sus maneras distinguidas y afables, amena conversación, buen humor y pulido gracejo, a los que, lejos de estorbar, daba más ocasiones de mostrarse la falta de oído de que en sus últimos años padecía.

Ya por los de 1862, el señor Paz, que se había retirado del servicio para entregarse de lleno a su pasión favorita, gozaba de envidiable y justa reputación entre los naturalistas españoles y extranjeros, y el fruto material de sus trabajos, sus bellísimas conchas, expuestas aquí en Madrid y en su casa con tanta inteligencia como gusto a los ojos conocedores o profanos, habíase, por decirlo así, popularizado entre unos y otros; de suerte, que cuando el Gobierno de S. M. determinó que viajase en los buques destinados al Pacífico una comisión de naturalistas, no dudó en confiarle la presidencia de ella, para la cual le señalaban, además de su edad y de sus méritos personales y de su conocimiento de los países americanos, sus honores de capitán de navío, circunstancia que no podía por menos de ser lazo de unión y prenda de armonía entre los comisionados científicos y el jefe y comandantes de la escuadra. Aceptó el señor Paz lleno de júbilo y mostrándose tan reconocido y obligado por su honroso cargo, que quiso ir y fué a desempeñarle sin otro sueldo que su retiro de 3.700 pesos anuales, y sin más emolumentos que el rancho correspondiente a su categoría y una parte de los moluscos que durante la expedición se recogiesen.

Entonces visitó la isla de Tenerife, la desolada de San Vicente de Cabo-verde, las provincias de Bahía, Río-Janéiro, Santa Catarina y Río-Grande do Sul en el imperio brasileño, Montevideo y Buenos-Aires, sus pampas y la cordillera camino de Chile, la capital de esa república, Valparaiso, la costa al Norte de ese puerto y parte de las del Perú, lugares todos para él desconocidos; pasó a Lima, y aunque allí tuvo que separarse de la escuadra, solo y por su cuenta continuó a Payta, Guayaquil y Santa Elena, entró a Quito, tornó á Guayaquil, trasladóse a Panamá, y atravesando el Istmo hizo su regreso á Europa por la vía de los Estados-Unidos. Premio de sus trabajos fueron la gran cruz de Isabel la Católica que el Gobierno le concedió a 15 de Octubre de 1867 y un gran número de especies de moluscos raros o nuevos que aumentaron considerablemente las de su colección, y cuya abundancia de ejemplares facilitó con ventajas el cambio por otros más frescos y perfectos, los cuales llegaron a ser tantos como para constituir una de las excelencias de aquella, y que junto con las otras que tiene la han hecho digna de la consulta y el estudio de eminentes conchiliólogos. Nuestro consocio el señor D. Joaquin Gonzalez Hidalgo, célebre ya en España y en Europa por sus escritos malacológicos, ha clasificado la mayoría de las especies y descrito muchas de ellas; el Dr. Lea, de NuevaYork, hoy día primera autoridad en la materia, ha encontrado en los moluscos de agua dulce materiales abundantes para sus publicaciones, según puede verse en los *Anales del Liceo Neoyorkino* de estos últimos años.

Esta es la colección Paz y Membiela, y esta la manera cómo llegó á reunirla; pero me falta decir que el poseerla nuestro Museo de Ciencias se debe a un rasgo de patriotismo de su antiguo dueño. Proponíase presentarla en la Exposición de Viena y enajenarla en aquel concurrido mercado; rogáronle sus amigos que no lo hiciese; la Junta de profesores de dicho establecimiento al tener noticia del caso, comisionó a dos de sus miembros para que conferenciasen con el señor Paz y averiguasen la cantidad en que pensaba enajenarla; los apuros de nuestro Tesoro no permitían que se le ofreciese todo su valor; y el señor Paz la cedió por seis mil duros, cuando por sólo la colección de Cuba y mucho antes de que la aumentase con otra infinidad de especies, le ofrecieron la mitad de esa suma. ¡Para nada tuvo en cuenta el precio de sus fatigas, de sus desvelos, de los riesgos con que la juntó! ¿Pero ellos, por ventura, no le recordaban los mejores momentos de su vida?

Obra que de ese modo lleva impresos en su conjunto y pormenores, el carácter, acciones y sentimientos de un hombre dedicado a un fin útil y honroso, es la más bella que pudiera legarnos, vale tanto como un libro, y supera a otras muchas que publica la vanidad con el renombre; ella muestra, además, que a la ciencia de la naturaleza, a la ciencia que nosotros amamos no se la sirve, cultiva y adelanta únicamente con las dotes de una elevada inteligencia o de un profundo saber; el que con fe y actividad perseverantes y sin huir trabajos, peligros ni dispendios registra mar y tierra descubriendo seres nuevos y curiosos para ponerlos modesta y generosamente al alcance de las personas consagradas a su estudio, ése hace más por ella que el mero especulador de gabinete, que se fatiga y consume en busca de sistemas imposibles o prematuros. »

El señor Jimenez de la Espada añade que la mayor parte de los datos para la noticia que precede, le han sido comunicados por los señores Pérez Arcas, Colmeiro y Martínez y Sáez.

El señor Colmeiro contesta que, sin auxilio ajeno, ha hecho su trabajo el señor Espada, y que lo ha hecho bien; hasta el punto de poderse poner como modelo de los de su género, que puedan presentarse en nuestra SOCIEDAD.

El señor Presidente hace notar que el escrito del señor Espada no es sólo un artículo necrológico, sino una noticia histórica sumamente interesante, acerca de una de las más notables colecciones de objetos de Historia natural que hay en España, cual es la malacológica reunida por el señor Paz y Membiela, hoy propiedad del Museo de Ciencias Naturales.